

Gemma Pasqual i Escrivà

like

AZUL



FANDOM BOOKS

Título original: *Like. Blau*

1.ª edición: marzo de 2020

© Del texto: Gemma Pasqual i Escrivà, 2020

© De la traducción: Gemma Pasqual i Escrivà, 2020

© De la fotografía de cubierta: undrey/Istockphotos/Getty Images.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler

ISBN: 978-84-18027-17-8

Depósito legal: M-453-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Gemma Pasqual i Escrivà



FANDOM BOOKS

*A Guillem, sin su colaboración y sus ideas
esta novela no hubiera sido posible.*

Gran hermano te vigila.

GEORGE ORWELL



548 LIKES

El sol de fusión nuclear, una enorme esfera que resplandecía en el cielo, puntual como cada mañana, sustituyó a la luna a las 6 en punto. La sensación térmica era de 24 grados, perfecta para que el cuerpo de las personas estuviera en total armonía y equilibrio con el entorno.

¡Oh, qué maravilla! ¡Cuántas criaturas bellas hay aquí! ¡Cuán bella es la humanidad! ¡Oh, mundo feliz, en el que vive gente así!

Los hombres y las mujeres interrumpieron su rutina; curiosos y atentos, dirigieron sus miradas hacia las grandes pantallas que invadían las fachadas: las de la Fábrica, las de la Urbanización y también las de la City. Su gran líder, Magnus, se dirigía como cada mañana a los ciudadanos, en su particular plural mayestático. Las facciones graves de Magnus aparecieron en la pantalla; alzando la mano, hizo su familiar gesto de saludo.

Si permanecemos unidos, estrechamente unidos, decididos en todo, nuestra voluntad superará todos los obstáculos —empezó solemne—. Sonreíd, regalad una sonrisa cálida y relajada. Porque los detalles, como todos sabemos, conducen a la virtud y a la felicidad, mientras que las generalidades son intelectualmente

males necesarios. Y no olvidéis que cualquier imprevisto puede ser una buena oportunidad para mostrarse positivo.

Y nos, Magnus, vuestro gran líder, os arrancará vuestra primera sonrisa. Hoy nos sentimos generosos y os queremos regalar a cada uno de vosotros 20 likes para empezar el día.

Y enseguida los espectadores observaron sus relojes inteligentes; ni un segundo tardaron en aparecer sus *likes*. La alegría de la multitud estalló, aplaudiendo entusiasmados. Magnus acabó la conexión con las mismas palabras con las que había empezado su elocución:

¡Oh, qué maravilla! ¡Cuántas criaturas bellas hay aquí! ¡Cuán bella es la humanidad! ¡Oh, mundo feliz, en el que vive nuestro gran líder Magnus!

La población repetía estas palabras al unísono, como una letanía, sin cesar de sonreír, de hacerse selfis y sin apartar la mirada de las pantallas. Magnus calló, pero persistió durante varios segundos en la pantalla, como si el impacto que había dejado en los ojos de todos fuera demasiado vívido para borrarlo inmediatamente.

—*¡Ooooooh, quéééé maravillaaaaa! ¡Cuántaaaaas criaaaaaturas bellaaaaas hay aaaaquí!* —repetía la voz metálica y estridente de Robbie, un robot de la serie T-245, descatalogado, con forma de esfera; una esfera ancha achatada en la base, con la superficie abollada y rayada por el uso, cubierta por una fina capa de esmalte azul eléctrico. Dos pequeñas pantallas iluminadas que se asemejaban a ojos lo humanizaban. Olía a aceite de máquina. En un principio, esta serie había sido destinada a los trabajos domésticos, como aspirar o fregar el suelo, pero Robbie

había sido actualizado y mejorado por la madre de Kas, que trabajaba en una cadena de producción de este tipo de robots, y ahora lo había convertido en uno de compañía.

Kas se despertó de un susto.

—Calla, por favor —le suplicó.

—*¡Ooooooh, quéééé maravillaaaaa! ¡Cuántaaaaas criaaaa-turas bellaaaaas hay aaaaquí!*

Robbie se había atascado, no podía parar, acompañaba las palabras del líder con un ruido insoportable, como el zumbido de una locomotora. De pronto, Kas se giró, cogió una zapatilla del suelo y se la lanzó con un enérgico movimiento de su brazo.

—¡Uy! —exclamó Robbie cuando la zapatilla impactó contra su carcasa, y volvió a repetir la letanía sin ningún resultado—: *¡Ooooooh, quéééé maravillaaaaa!...*

—¡Para! —le gritaba mientras con las manos se tapaba las orejas; aquel ruido era insufrible.

Le volvió a dar un golpe, esta vez más fuerte.

—¡Uy! ¡Buenos días, Kas! Hace un día maravilloso —dijo ahora con su voz normal, y, de repente, en todas las pantallas de la casa apareció el líder repitiendo su discurso.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Cuántas criaturas bellas hay aquí! ¡Cuán bella es la humanidad! ¡Oh, mundo feliz, en el que vive nuestro gran líder Magnus! —exclamó Kas mientras corría a oxigenarse. De pronto, recibió un aviso de su reloj inteligente—. *¡20 likes!* ¡No está nada mal, hoy Magnus ha sido muy generoso! —Y al ver la hora exclamó—: ¡No puede ser, no puede ser! Llegaré tarde al tren bala. ¡Tienes otra vez el reloj estropeado! ¡Eres un trasto que no sirve para nada! Te despedazaré tornillo a tornillo y te llevaré a reciclar —lo amenazó con un destornillador en la mano, mientras Robbie corría a refugiarse debajo de la cama.

Las consecuencias de llegar tarde al Estudio eran incalculables, se puso frenética. De repente, el líder desapareció de las pantallas y apareció su madre.

—¿Kas? ¿Qué haces en casa? ¡Llegarás tarde!, y no estamos para perder *likes*.

—¡Es este trasto! No sé por qué no tenemos un modelo más avanzado, como tiene toda la gente normal.

—Robbie lleva muchos años con nosotras, desde antes de que nacieras; es de la familia. Además, define «normal».

—Normal es normal, y ahora no estoy para uno de tus discursitos, llego tarde, ¡tú misma lo has dicho!

—Hoy, al salir del Estudio, tienes que ir a por la compra al punto de recogida.

—¿Y por qué no nos la traen a casa como a todo el mundo?

—Eso es dinero y *likes*, y a nosotras no nos sobra ni lo uno ni lo otro. No te olvides; si lo haces, devuelven la compra y nos cuesta *likes*, como la última vez.

—No me olvidaré —replicó Kas arrastrando la última «e».

—¿Qué llevas puesto? ¿La camiseta blanca y los pantalones azules? Hoy es el tercer día de la semana, vas justo al contrario; toca camiseta azul y pantalones blancos. Y recógete el pelo, no me gusta que lo lleves suelto en clase. Te tengo que dejar, pasa un día feliz y maravilloso. —Y su madre desapareció de la pantalla.

A Kas le dio un vuelco el corazón, se quedó mirando otra vez a Robbie, que la observaba desde debajo de la cama, y lo volvió a amenazar con el destornillador; se había equivocado de ropa. Ahora tenía un dilema: si se cambiaba, llegaba tarde al tren bala y significaba llegar tarde al Estudio, y eso le costaría unos cuantos *likes*; y, si no se cambiaba, le costaría menos *likes*, pero sería la friki de clase.

Los *likes* otorgaban una puntuación a cada uno de los ciudadanos en función de sus hábitos cívicos, sociales, de consumo, amistades y cumplimiento de los deberes económicos. Así mismo, la ciudadanía también tenía el privilegio de dar *likes* a sus vecinos, un hecho que en la práctica solo podían hacer los acomodados; la gente humilde los necesitaba para subsistir. Una parte restringida de la población podía restar *likes*, los llamados *unlikes*; esto solo estaba reservado para las familias de clase alta.

El número de *likes* y los seguidores en las redes sociales marcaban la posición de los ciudadanos en la escala social, de forma que aquellos con un crédito alto tenían derecho a un trato preferente de la Administración. Los *likes* y los seguidores en las redes sociales marcaban el estatus social. En cambio, aquellos con un número bajo de *likes* se enfrentaban a la imposibilidad incluso de acceder a determinados puestos de trabajo o de vivir en determinadas zonas, tenían restringida la matrícula de sus hijos en algunas escuelas y el acceso a lugares de ocio, la velocidad de Internet más lenta, les podían eliminar el derecho a viajar libremente, así como acceder a becas, tarifas reducidas o ayudas.

Este sistema era posible gracias a la combinación de diversas tecnologías como el *big data*, el reconocimiento facial y la monitorización de Internet, ayudados por las cámaras de vigilancia con inteligencia artificial, instaladas en todas partes. La armonía y la paz social únicamente se conseguía si todos los ciudadanos se comportaban de una manera apropiada. El sistema de *likes* instaurado por Magnus no solo creaba confianza entre los ciudadanos y una cultura de la sinceridad, honestidad e integridad, sino también una cómoda sensación de bienestar que liberaba endorfinas, aumentaba la actividad cerebral y, en definitiva, generaba placer. Un placer diferente de

los otros placeres cotidianos; no solo provocaba satisfacción y alimentaba el ego, sino que también hacía saber al ciudadano que era aceptado en el grupo al cual pertenecía.

Para Kas, los *likes* eran importantes, pero tenía una capacidad innata para perderlos. Miró la hora, había estado demasiado tiempo cavilando; tenía que salir disparada hacia el tren bala si no quería pagar las consecuencias con *likes*.

El tren bala condujo a toda velocidad a Kas hasta la Urbanización, o PECOR, las siglas de Prototipo Experimental de la Comunidad de la Reconstrucción, donde se hallaba el Centro de Estudio, una ciudad del mañana hoy, como la denominaba Magnus. Un diseño radial y un núcleo central por el cual pasaban todas las vías y medios de transporte urbano. El tren bala unía la Urbanización con la Fábrica; y un tren cápsula, mucho más rápido, de propulsión electromagnética a través de un tubo de vacío, comunicaba la Urbanización con la City. Además, un sistema de cintas transportadoras sin motor, también impulsadas mediante fuerza electromagnética, unía el centro metropolitano con las áreas residenciales exteriores y el Centro de Estudio.

La Urbanización estaba diseñada para ser perfecta; combinaba ciencia e ingenio para generar una experiencia de felicidad y bienestar en un espacio de convivencia y de servicios muy organizado. Se colaboraba y se innovaba con empresas líderes en educación, salud y tecnología, los llamados «patrocinadores», para lograr un alto nivel de vida.

Nadie poseía ningún terreno en PECOR porque eran de Magnus; cada uno de los residentes eran inquilinos, y por lo tanto, todos tenían que pagarle una renta; a cambio, tenían

trabajo. No había jubilados porque las funciones iba cambiando con la edad, dependiendo de las características del individuo; y, al llegar a los setenta años, se habían ganado viajar al Paraíso, el único lugar de la Tierra donde todavía existía la naturaleza, igual que antes de la Reconstrucción. Un lugar secreto para preservarlo, un lugar donde todos deseaban ir, donde la felicidad era absoluta.

Todo el mundo trabajaba y vivía bajo las reglas de Magnus, y por este privilegio se pagaba un alquiler y una renta mínima de *likes*. Los que no se lo podían permitir vivían y trabajaban en la Fábrica, como Kas y su madre.

El Centro de Estudio era un complejo impresionante: un entramado de elementos como el aluminio, el cemento y el vidrio, cubierto por una ligera pérgola de enrejado de acero que recorría y rodeaba el exterior. Evocaba una estructura ósea, que se mantenía ingravida a 500 metros sobre un lago artificial; parecía una nave espacial. El núcleo del edificio estaba ocupado por aulas y laboratorios, que se distribuían alrededor de dos pasillos curvados. Una arquería porticada situada en la planta baja rodeaba la estructura.

Al entrar en el Centro de Estudio, todo el mundo observaba las pantallas señalando a Kas como si fuera un esperpento, le hacían fotos, la grababan... En un tiempo récord incluso le habían creado un meme que pronto se hizo viral. Ella caminaba digna por los pasillos fingiendo que no pasaba nada.

—¿Cómo vas vestida? —le preguntó Nicole, su mejor amiga, mirando su *rein*, su reloj inteligente.

El *rein* de Nicole no tenía nada que ver con el de Kas, que era un modelo muy sencillo de color azul oscuro; el de su amiga era el doble de grande, blanco con lunares de color azul eléctrico, no pesaba nada, tenía un *software* de última genera-

ción que reproducía hologramas e iba conectado directamente a su cerebro para no tener que darle ninguna orden de voz.

—No preguntes —respondió Kas sin dejar de mirar su *rein*.

Era de mala educación mirarse a la cara; se comunicaban observándose en las pantallas. Solo estaba bien visto hacerlo con las familias, a pesar de que las familias de la Urbanización y las de la City ya no se miraban nunca. Solo lo hacían las familias de la Fábrica.

Y de golpe vio cómo le desaparecían 10 *likes*, la penalización por no llevar la ropa del tercer día de la semana; alguien debía de haber informado: ser un buen ciudadano y vigilar el orden de todas las cosas también hacía ganar *likes*. O quizás el algoritmo de reconocimiento de las cámaras la había delatado. Dibujó una mueca de desaprobación, Kas siempre iba justa de *likes*, y de dinero también.

A Nicole la seguía su nuevo W-100, el más avanzado del mercado. Casi todos los alumnos iban acompañados de sus robots, que les hacían de asistentes.

—No comprendo por qué no traes a Robbie —dijo Nicole. Ella nunca les había puesto nombre a sus robots, pues no le duraban lo suficiente para cogerles cariño.

—No me hables de Robbie, por su culpa hoy llevo mal el uniforme. ¡Encima se le ha desajustado el reloj!

—Lo tendríais que cambiar, hay modelos muy económicos; o, mejor todavía, os puedo dar uno viejo de los míos, que siempre será más nuevo y eficiente que la antigualla de Robbie.

—Mi madre no lo deja salir de casa, dice que es de la familia —le respondió Kas examinando la cara de su amiga en la pantalla diminuta de su *rein*. Le había dolido aquella observación, a pesar de que sabía que Nicole no lo había hecho con mala intención.

El robot de Nicole las avisó de que la profesora estaba a punto de entrar. Todos se alinearon ante las butacas ergonómicas, en silencio. Encima de cada asiento había incorporada una pantalla que enfocaba al alumno; así, los profesores los observaban sin necesidad de tener que mirarlos directamente a la cara. Debajo de los asientos se instalaban los robots personales de los alumnos. El lugar de Robbie siempre estaba vacío.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Cuántas criaturas bellas hay aquí! ¡Cuán bella es la humanidad! ¡Oh, mundo feliz, en el que vive nuestro gran líder Magnus! —exclamó la profesora Alicia con una amplia sonrisa; sin mirar a ningún alumno a la cara, observaba fijamente las pantallas repartidas por toda la clase. Tenía la nariz respingona y sus ojos eran penetrantes, aunque no agresivos. A pesar de su entusiasmo, su rostro era inexpresivo.

Todos los alumnos repitieron las palabras a la vez, observando la gran pantalla que presidía la clase, justo encima de la profesora, y que reflejaba en un primer plano su sonrisa.

La profesora Alicia levantó una mano con expresión solemne y se apagaron las luces. De pronto, ante ellos apareció la City, donde vivía la clase alta, el sector directivo, el núcleo donde se gestaban la planificación y organización. Los hologramas de los altos edificios de luminosos plástico y metal se repartían por toda la clase, como si estuvieran allí. La avenida Central pasaba por debajo del Arco de la Reconstrucción de Magnus, el Estadio de Magnus, y al final de la avenida se encontraba el Palacio de los Foros Populares, con una enorme cúpula azul cian, donde Magnus daba sus discursos ante una gran multitud; también era desde donde saludaba a la población todos los días.

—¡¡¡El viaje de final de curso será a la City!!! —La voz de la profesora casi temblaba de entusiasmo.

Y todos aplaudieron.

—Además, quizás, solo quizás, conseguiremos una audiencia con nuestro gran líder Magnus. —Entonces pasó a un tono confidencial y excitado.

La alegría se desató.

—Tenemos que ser prudentes, nuestro líder es una persona muy ocupada, solo es una posibilidad. Enseguida os paso las condiciones económicas, los *likes* mínimos necesarios y todos los extras para hacer todavía más maravilloso vuestro viaje. Recordad que con unos cuantos *likes* más podéis reducir el precio monetario, si lo necesitáis.

Todas las miradas se dirigieron a los *reins*.

—Gracias, papi, ¡eres el mejor! —exclamó Nicole.

Su padre se había conectado rápidamente con ella para decirle que ya lo tenía pagado, con todos los extras. Estaba tan contenta que no pudo ver la cara de decepción de su amiga.

—¿Qué tienes, Kas? —le preguntó cuando se dio cuenta.

—Es imposible, me hacen falta 3000 *likes* como mínimo para poder hacer el viaje, más los necesarios para la tarifa reducida. No puedo conseguir tantos *likes* y todavía menos tanto dinero —se quejó Kas, que veía cómo se esfumaba quizás la última posibilidad de su vida de visitar la City. Los habitantes de la Fábrica solo la podían visitar con un permiso especial.

—Seguro que tu madre lo soluciona.

—No, no iré nunca a la City —se lamentó Kas, abatida—. Quizás —dijo a su amiga mirándola fijamente en la pantalla de su *rein*—, tu padre me podría ayudar.

Nicole estuvo a punto de mirar a los ojos a Kas, a pesar de que no estaba bien visto, pero se reprimió. Aquella sugerencia había sido de muy mal gusto, se merecía un *unlike*. No se molestó en responderle.

—Además, hemos conseguido un pase especial para poder visitar el Museo de Arte Magnus —continuó la profesora evocando las maravillas del viaje.

Rápidamente desaparecieron los edificios, y los hologramas se convirtieron en obras de arte.

—Magnus salvaguardó todas las obras de arte de antes de la Reconstrucción que pudo, y tan grande es su generosidad que quiso que el pueblo las disfrutara. En su origen eran estáticas y feas, y él mandó convertirlas en estos hologramas fantásticos en movimiento, con todas las gamas del azul y del blanco, los colores de la felicidad. —La profesora hablaba con gran rapidez, era evidente que le producía un intenso placer su profesión—. Aquí tenemos un ejemplo. —Señaló a un lado—: *La mujer de la enigmática sonrisa* es considerada como la obra de arte más famosa de antes de la Reconstrucción; es de un pintor desconocido. Utiliza una técnica muy antigua llamada *sfumato*, juega con todos los tonos del azul y utiliza solo unas pinceladas de blanco para iluminar. La mujer del cuadro dirige la mirada ligeramente a la izquierda, tiene una enigmática sonrisa que, por un extraño efecto óptico, parece desaparecer cuando el espectador trata de fijarse.

Esta última observación llamó la atención de los alumnos, que clavaron la vista en el holograma y, de pronto, la mujer del cuadro les guiñó un ojo, provocándoles la risa.

La profesora Alicia volvió a encender las luces, la clase se había acabado.

—Esta es solo una de las maravillas que podremos admirar en nuestra visita a la City. ¡Ahora nos haremos un selfi de grupo! —exclamó la profesora Alicia, y su *rein* se soltó de la muñeca y se elevó hasta poder encuadrar a todo el grupo sonriente y hacerles un montón de fotos.

La profesora observó todos los selfis y dibujó una mueca, ninguno era de su agrado.

—Un momento, un momento, lo tenemos que repetir. ¡Alguien no está sonriendo! —exclamó imitando una voz infantil mientras miraba la pantalla de Kas.

—Lo siento —dijo ella con la cabeza baja; no tenía ganas de sonreír, ella no iría a la City.

El *rein* volvió a salir volando. Kas hizo una mueca que parecía una sonrisa. Ahora sí, la profesora hizo algunos retoques en la foto y la colgó en todas las redes sociales.

—Y no olvidemos dar las gracias a la Sociedad de Educación Positiva Magnus y Cía., pues gracias a ellos es posible que os formemos y que yo lo pase tan bien con vosotros.

—¡Gracias! —repitieron todos a la vez.

La pantalla más grande que presidía la clase enfocó en primer plano la cara de la profesora. De golpe, el contador de sus *likes* se disparó. Las clases también podían ser seguidas por cualquier ciudadano, y sobre todo lo hacían los padres y los patrocinadores. La profesora Alicia tenía muchos seguidores.

—¡Uooh! ¡Yo también me siento generosa como nuestro líder Magnus! ¡Os regalo 5 *likes* a cada uno de vosotros! ¡Sois fantásticos!

La alegría de la clase se desbordó, todos aplaudían mientras la profesora salía del aula.

A la entrada ya la esperaba el profesor Néstor, que daba clases de Historia de la Reconstrucción.

Todos los alumnos se alinearon ante sus asientos en silencio.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Cuántas criaturas bellas hay aquí! ¡Cuán bella es la humanidad! ¡Oh, mundo feliz, en el que vive nuestro gran líder Magnus! —repitió el profesor Néstor como una letanía, sin ningún entusiasmo, sin mirar a las pantallas.

Los alumnos repitieron la fórmula; ellos con más entusiasmo, tal como les habían enseñado desde pequeños.

—Puesto que vais de excursión a la City, hoy hablaremos de su fundación: el año cero de la Reconstrucción.

—Paciencia —murmuró Kas para sí, después de consultar su *rein* y comprobar que aún faltaban dos horas para comer. Tenía hambre, con las prisas no había desayunado.

El profesor Néstor era todo lo contrario a la profesora Alicia: no era divertido, ni provocaba ninguna empatía con los alumnos, apenas utilizaba hologramas y su voz se oía por toda la clase como un mantra. Los alumnos aprovechaban para echar un vistazo a sus *reins*, conectarse a chats, algunos hasta jugaban en línea, y los más aplicados hacían los deberes pendientes.

Kas sí lo escuchaba, por lástima más que por interés. Pobre hombre, era peculiar: tenía la silueta menuda, encorvada; los cabellos despeinados; los omóplatos como alas rotas; siempre iba con un viejo traje de chaqueta azul indefinido y una pajarita blanca con rombos, todos los días de la semana. De alguna manera pensaba que se asemejaban, eran como dos *rara avis* en aquel mundo perfecto. Se preguntó dónde vivía y con quién. En la City seguro que no, era evidente que, como ella, no iba sobrado ni de *likes* ni de dinero. En la Urbanización o quizás en la Fábrica, pero nunca habían coincidido en el tren bala. Kas se estiraba, pensativa, el lóbulo de la oreja.

—¿Alguna duda? —preguntó el profesor al acabar la clase sin esperar ninguna respuesta.

Kas proyectó su pantalla. De golpe, todos los compañeros levantaron la mirada. Era extraño, nunca nadie había hecho una pregunta en la clase del profesor Néstor.

—Siempre nos habla de la Reconstrucción. Pero ¿qué había antes? ¿Era como el Paraíso donde van nuestros abuelos?

¿Cómo vivían las personas? Usted estaba, no hace ni veinte años de todo aquello.

El profesor dibujó una pequeña sonrisa, la gran pantalla que presidía el aula lo enfocó en un primer plano; se produjo un silencio incómodo esperando su respuesta. El profesor Néstor observó la pantalla, se frotó las manos, los seguidores se habían disparado, estaba claro que lo observaban y aquella pregunta había despertado su curiosidad. El profesor miró la hora y se quedó un rato callado como pensando la respuesta; después, aclarándose la garganta, dijo:

—Lo siento, señorita Cassandra, la clase se ha terminado, lo dejaremos para la próxima. Demos las gracias a la Sociedad de Educación Positiva Magnus y Cía.

—Gracias —repitieron todos a la vez.

Al contrario que la profesora Alicia, el profesor Néstor nunca obtenía ningún *like*; al revés, solía acabar con un montón de *unlikes*. Pero esta vez fue diferente; de pronto, apareció un *like* en la pantalla. El profesor lo agradeció con una sonrisa.

—¿Le has dado un *like*?! ¡Pero si es más aburrido que las piedras! —le dijo Nicole.

—Me sabe mal.

—Después te quejas de que no tienes *likes*.

—Uno más o uno menos no me solucionará el problema. Además, hoy no ha ido nada mal, Magnus nos ha regalado 20 *likes*.

—Sí, y has perdido 10 por ir vestida así.

—Y la profesora Alicia nos ha regalado 5 *likes*, menos 1 que le he dado al profesor, ¡hoy he ganado 14 *likes*! —Miraba la pantalla de su *rein*—. Pero aquí marca 13. ¿Quién me ha hecho un *unlike*?! ¡Seguro que ha sido por la ropa! ¡No me lo puedo creer! La gente es mala.

Nicole no se atrevió a decirle que había sido ella, no lo había hecho expresamente, lo había pensado y su *rein*, conectado a su cerebro, había ejecutado la orden enseguida; ahora estaba arrepentida. Pero no pasaba nada; más tarde, le regalaría unos cuantos *likes* para compensarla.

OTROS TÍTULOS DE
FANDOM BOOKS

Los niños de Willesden Lane
Mona Golabek y Lee Cohen

Internamiento
Samira Ahmed

Virtuales
Sarvenaz Tash

Tras las llamas
Will Hill

Reinas Geek
Jen Wilde

Estrella de mar
Akemi Dawn Bowman

EN UN MUNDO DISTÓPICO DONDE LA NATURALEZA HA DESAPARECIDO, TODO ES ARTIFICIAL: EL AIRE, LA COMIDA, LAS RELACIONES PERSONALES...

Tu posición en la sociedad depende del número de *likes* que poseas. Para conseguirlos debes ser un buen ciudadano, cumplir con todas las reglas y sugerencias, adorar al gran líder Magnus y, sobre todo, ser popular y simpático. No hay libros, no hay música, nadie se cuestiona nada, nadie se mira a los ojos y solo existen dos colores: el azul y el blanco.

«Queridos pasajeros: para evitar *unlikes*, sigan la normativa pertinente y respeten las instrucciones del tren y de la estación. Su colaboración será recompensada con *likes*. ¡Sonrían!».



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es